devenir de la literatura occidental, desde los escritores de la generación siguiente, pasando por Livio, los poetas áureos (Horacio, Ovidio), Séneca (a pesar de todo), los arcaizantes, hasta los autores cristianos, entre los que destaca Agustín (presente en otros capítulos de este libro), los medievales y los eruditos del Renacimiento. En esta época tuvieron lugar algunas polémicas en torno al latín que debía ser digno de imitación: von Albrecht menciona la toma de postura de Erasmo contra los ciceronianos. Las conclusiones de este importante capítulo pueden resumirse diciendo que el estilo de Cicerón ha recibido la aceptación casi universal de la comunidad lingüística; y que, en el s. I a. C., previo a la poesía de la Edad de Oro, supone el acmé de la prosa, una prosa dotada de claridad, belleza y armonía (además de funcional), expresión de la personalidad de un individuo. «Es a través de Cicerón», dice von Albrecht en otro capítulo, «como conocemos mejor qué es el latín clásico, y es a través de una lectura minuciosa de sus discursos como nos damos cuenta de que el latín clásico no tiene nada que ver con la habitual noción de lengua muerta» (p. 197).

El libro se cierra con la bibliografía (una docena de nombres españoles en veinticinco páginas: podía haber alguno más), el índice y una «Posdata» anterior (pp. 243-246) plena de coraje y honradez intelectuales, en la que el profesor von Albrecht, a contraluz de la adecuación y de la claridad ciceronianas, critica tanto la banalización de la lengua televisiva como la expresión abstrusa de algunos eruditos, lamentándose también del progresivo alejamiento de la transparencia de lenguas a priori virtuosas como el francés, el alemán y el inglés (cuando caen en manos de logófobos y mistagogos). Estudiar a Cicerón y su estilo es una necesidad cada vez mayor en tiempos en que los individuos son víctimas fáciles de la demagogia de políticos y vendedores. Frente a la lengua muerta que exhiben estos últimos, la de Cicerón se alza como un ejemplo de lengua viva memorable.

Este volumen de Michael von Albrecht sobre Cicerón y su estilo está escrito con admirable concisión. Es un libro poliédrico, pero con conclusiones convergentes en todos sus capítulos. Está destinado a perdurar, a ser un clásico: por su capacidad de síntesis, su variedad de enfoques y su pasión y compromiso con la materia objeto de su estudio. Resulta ya imprescindible y sería un honor ser traducido a nuestra lengua. Materialmente, es un libro muy cuidado. Tres erratas, varias incongruencias tipográficas: nada importante en una edición de primer nivel como ésta.

José Antonio CADENAS NAVARRO
joseancadenas@hotmail.com

HOMINEM PAGINA NOSTRA SAPIT. Marcial, 1900 años después. Estudios. XIX Centenario de la muerte de Marco Valerio Marcial, JOSÉ JAVIER IJO ECHEGOYEN, ALFREDO ENCUENTRA ORTEGA (Directores), Dirección General de Cultura de Aragón en colaboración con la Institución Fernando el Católico de la Diputación de Zaragoza y la Universidad de Zaragoza, 2004, 547 pp. ISBN: 84-96223-60-4.

El presente volumen de veintiún estudios se abre con un prólogo de J. J. Iso Echegoyen, comisario de la edición, para explicarnos el título, su contenido variado, pero básicamente filológico, y las razones de la importancia literaria de Marcial, a saber, su originalidad, su cercanía y su constante exhortación al *carpe diem*. Con independencia de la trascendencia que estos trabajos tengan para el futuro, que sin duda la tendrán, lo cier-

to es que este libro conjunto reúne a filólogos españoles expertos en Marcial, con alguna colaboración foránea, y un trabajo dedicado a la arqueología de la región aragonesa. Ello constituye una garantía de excelencia y calidad y es, además, un reclamo para una lectura interesada y atenta.

Antes de entrar de lleno en la consideración de todos y cada uno de los artículos, quiero dedicar unas palabras a la edición del libro. Resulta extremadamente difícil ordenar un volumen constituido por tantos y tan variados enfoques, lo que explica, imagino, la desproporción entre los distintos apartados que conforman el libro; así, las secciones dedicadas a «la obra de Marcial» y a «la pervivencia» congregan la mayoría de los estudios, diecisiete para ser exactos, mientras que el apartado denominado «traducción» incluye una sola aportación al igual que «el poeta Marcial» o «el texto de Marcial». En mi opinión, casi todos los trabajos, con la excepción del consagrado a la arqueología, que sí merece mención aparte, pueden dividirse en dos apartados: vida y obra de Marcial y pervivencia de su obra; de este modo laxo, si se quiere ver así, tanto la aportación sobre su vida como la referida al análisis de las últimas ediciones del texto entran de lleno en el primer apartado, en tanto que la versión de algunos epigramas cabe sin mayor problema en pervivencia.

El trabajo que da comienzo al volumen, «La personalidad de M. Valerio Marcial» (pp. 17-33), es una sorprendente forma de entender la filología, a medio camino entre la correccion moral y el panegírico; poco aporta la contribución de José Guillén en su afán por moralizar sobre la persona de Marcial y su conducta, irreprochables ambas si se comparan, siempre según el autor, con las de Ovidio, dechado, al parecer, de perversión y amoralidad (¿?). El autor repasa todas las facetas posibles de Marcial, su biografía, la valoración artística de su obra, su moralidad, e insiste, por encima de todas, en la que él califica de delicadeza, es decir, ternura para los amigos y allegados, discreción para el resto. Una bibliografía más que superada cierra el trabajo.

Mucho más en consonancia con el resto de las aportaciones es el profundo análisis que lleva a cabo Rosario Cortés en «Epigrama y sátira...» (pp. 35-56) de los acercamientos de Marcial a la sátira horaciana; aproximaciones que se explican por el empeño de dotar al epigrama de un contenido moral y ejemplarizante del que carecía hasta entonces. Lúcido trabajo, salpicado de interesantes comentarios que, además, deja abierta una futura vía de estudio: los puntos de contacto entre Marcial y Juvenal, pero, sobre todo, entre el epigrama y el mimo, dado que ambos géneros comparten el rasgo de la lascivia, la voluntad de estructura y el humor.

Por su parte, Dulce Estefanía recoge en «Marcial y la literatura latina» (pp. 57-73) todo el elenco de autores, conocidos o no, sobre los que se pronuncia literariamente Marcial. La tragedia y la épica arcaicas son reiteradamente desdeñadas en las personas de Pacuvio, Acio y Enio, más que por antiguos, por insulsos en el tratamiento de los temas; sin embargo, se muestra admirado con Virgilio y cariñoso, pero poco elogioso, con sus amigos Lucano y Silio Itálico. La sátira de Lucilio no es de su gusto, mientras que la de Horacio, si nos dejamos llevar por el número de veces que lo cita, la tiene muy presente; a Persio le une amistad y talante crítico. También se muestra elogioso con los elegíacos, particularmente con Ovidio, el más usado; con respecto al genial Catulo, lo cita, admira y alaba, como lo muestra el epigrama homenaje VI 34. Este es, a grandes rasgos, el canon admitido de Marcial, al que hay que añadir el epigramista Marso, tres poetas de su gusto, Canio Rufo, Estela y Flaco, y una abultada nómina de poetas ignotos; de estos, la autora poco dice, como es natural, al no conservarse su obra. Trabajo de crítica literaria interna, que arroja luz sobre una zona tradicionalmente sombría.

Ambicioso y sumamente ilustrativo análisis de cómo dos parcelas tan distantes como la métrica y la teoría literaria pueden compaginarse en aras de una clarificación del género del epigrama; este es el objetivo de Jesús Luque, «*Epigrammata longa*: la brevedad como norma» (pp. 75-114), que parte de la posible relación entre la métrica de Marcial y la longitud de sus epigramas. El estudio consta de dos partes bien diferenciadas: la primera analiza, siempre mediante cuadros estadísticos, la longitud de los epigramas de Marcial, en dos perspectivas, externa, es decir, con respecto a otros autores epigramáticos, e interna, esto es, con respecto al volumen total de su obra; se concluye en esta parte que la obra de Marcial presenta similares características que los *Priapea* y los *elegeîa* de Catulo, mientras que se aleja de los *polymetra* catulianos y sobre todo de la *Appendix* virgiliana; además, se propone la distinción de dos grupos en la obra de Marcial, atendiendo a la longitud de los epigramas: máximo de doce versos en *Spect.*, XIII y XIV frente a los libros I-XII. En la segunda parte, se estudia mediante unas prolijas tablas la combinación entre tipo de metro y longitud de epigrama; las inferencias que el autor extrae de la comparación de ambas perspectivas son abundantes e iluminadoras; entre ellas, sirva de ejemplo, la tendencia a combinarse el dístico elegíaco y la brevedad de los epigramas (hasta 14 versos); o el curioso predominio de ciertas combinaciones preferidas por Marcial como los epigramas de once versos en endecasílabos. Léase sin prisa.

Viene a continuación la original aportación de Marc Mayer, «Los *Xenia* de Marcial clave de interpretación de un vaso...» (pp. 115-127), que contrasta documentos literarios y epigráficos en un intento por dar sentido a las figuras de un vaso del Alfar de La Maja. Este representa, de manera excepcional, una serie de viñetas de productos comestibles acompañadas por inscripciones, que han llegado muy mutiladas. El autor propone compararlas con los *Xenia* de Marcial, apoyado en dos hechos: la posible contemporaneidad de Marcial y Valerius Gaius Verdullus, autor de la decoración; y la circunstancia, sumamente curiosa, de que vaso y poemas estuvieron dedicados a un evento similar: los *saturnalia*. El autor concluye que la mayor parte de los productos reproducidos en las viñetas aparecen en los *Xenia* de Marcial y, en alguna ocasión, los poemas ayudan a interpretar los *tituli* mutilados. Sabia combinación de epigrafía y literatura.

Enrique Montero Cartelle, «Marcial ¿erótico?» (pp. 129-149), entra de lleno en uno de los aspectos más debatidos de Marcial, el elemento erótico, y lo hace desde un punto de vista útil y apropiado: la función erótica en los géneros literarios. Antes, el autor pasa revisión a las fuentes literarias, básicamente Cicerón, para determinar la diferencia entre lo erótico y lo obsceno en la cultura romana, y llega a la conclusión de que lo obsceno es un elemento de carácter social y lo erótico un elemento con una función literaria, que condiciona el léxico e incluso las metáforas. Dentro de la literatura, y esta es la tesis que merece subrayarse, lo erótico está limitado a los géneros que lo seleccionan de acuerdo con el tipo de lector. Para determinar la función de lo erótico en Marcial, Montero establece primeramente la conducta sexual de su época y demuestra con acierto que Marcial critica en sus epigramas todas las conductas que supongan un desvío de la costumbre. De este modo, el autor demuestra la finalidad de crítica social que inspira la obra del bilbilitano; más aún, con este método filológico de comparar el léxico y las costumbres retratadas en los epigramas es posible comprobar el grado de idoneidad social, incluso bajo el Imperio, de una obra que escapa a cualquier calificativo asociado a lo moral. Que este estudio acabe con una exigencia de traducciones respetuosas para con el texto sólo se explica por la mojigatería y desinformación de nuestra filología.

Olimpo Muso, además de claro y conciso, proporciona en su colaboración, «*Bilbilis equis nobilis, sed nobilior aquis*: a proposito de Marziale» (pp. 151-155), una idea aproximada del azaroso destino de los manuscritos latinos. Enmienda y razona el autor la *lectio Bilbilis equis nobilis* por la más plausible *aquis* del epigrama I 49, 4. Esta propuesta se ajusta más a la realidad, según el autor, porque desde siempre fueron famosas las aguas de la zona, adecuadas para la forja de armas. Enmienda que, por otro lado, ya fue sugerida por un alumno del Brocense, Lorenzo Ramírez de Prado. Junto a la idoneidad de la lectura, se explica la corrupción del texto debido a la confusión medieval entre *e/a* y viceversa, error que puede venir de antiguo; por si fuera poco, un escriba podría confundirse con la expresión, frecuente en la época, *cum equis et armis*. Se trata, sin duda, de una enmienda ingeniosa, pero habríamos querido saber qué argumentos contrarios a ella esgrimen los editores de Marcial, que, como Citroni, deciden descartarla.

Con el prolijo estudio de Rosario Moreno, «Reflexiones en torno a la disposición del libro de epigramas...» (pp. 157-178), sobre la estructura del libro IV de Marcial entramos de lleno en los trabajos dedicados a la técnica compositiva de los epigramas. Parte la autora de la tesis de que una suerte de ordenación o disposición de los epigramas dentro de cada libro dota al conjunto de un aspecto y una significación renovados. Destacan en esta estructura de relaciones múltiples los inicios y los finales de cada libro; en el caso del libro IV, el final se cierra retomando el principio. Sin embargo, las relaciones entre los poemas dentro del libro se muestran complejas y diversas: por amplificación de un tema, por contraste, por alusión, por analogía léxica, etc. En definitiva, se sostiene que esta anárquica e ingente posibilidad relacional enriquece el grado de diversidad interpretativa de cada libro. Y es más que posible que sea así, pero se hace evidente que un librito de leves y divertidos epigramas supone al menos dos niveles de comprensión, pues la lectura rápida y juguetona a la que invita no puede desvelar las mil sutilezas que encuentra el estudioso. Este se adentra en la voluntad creadora del artista y en su talento.

Sigue el extenso y sólido estudio de Vicente Picón, «La «poética de lo humano» en Marcial» (pp. 179-208), donde se desarrollan con rigor dos tesis que podían haber constituido dos trabajos independientes; en la primera parte, el autor demuestra mediante una clarificadora comparación con Lucilio, por un lado, y con Horacio, por otro, hasta qué punto Marcial se aleja de ambos en su manera de componer. Así, partiendo del tema común del mal aliento de un personaje, el poeta Lucilio (AP. XI, 239) trae a colación figuras mitológicas pestilentes, mientras que Marcial (IV 4; VI 93) amplía el espectro de referencias reales malolientes con un manierismo sorprendente, tomadas de la observación de la vida real, para rematar con el *aculeus* satírico. El tema del *beatus ille* horaciano, inspirador de varios epigramas de Marcial, constituye el tema de comparación entre ambos, que nos descubre que si para Horacio el fondo lírico es lo principal y el mensaje satírico es secundario, para Marcial es justo al contrario, lo satírico es la esencia y lo lírico, sin dejar de ser importante, es instrumental. En la segunda parte del trabajo, se pone en cuestión la tesis de la poética de los objetos de Salemme, y se demuestra que más allá de los objetos, lo que subyace en realidad en la poética de Marcial es un significativo interés por el hombre. Y esa poética de lo humano se deduce del análisis de la obra del poeta, pero también y muy especialmente, de sus manifestaciones programáticas, entre las que destaca las afirmaciones del poema X 4, de donde se ha extraído el título del libro (v. 10): *hominem pagina nostra sapit*, aplicable a los doce libros de epigramas.

Antonio Ramírez de Verger y Miryam Librán, «*Irritamenta Veneris* en Marcial» (pp. 209-226), examinan en Marcial uno de los tópicos de la poesía amorosa, los *irri-*

tamenta Veneris o cómo provocar la excitación amorosa. Aparte de unas pocas líneas dedicadas a los modos de excitación indirecta (fruto prohibido, demora y resistencia), el estudio parte y ahonda en las célebres cinco fases de la conquista amorosa, propuestas por Donato: la vista, la palabra, el contacto, el beso y la cópula. Y a los modos de seducción, ya sea con palabras o con contactos, el latín los denomina *blanditiae*, actividades propias de la profesión en otro tiempo de meretrices, actividad de amantes en época de Marcial, hay que añadir. Los autores ejemplifican con plasticidad cada técnica, excelentemente documentados, todo sea dicho, con los magníficos glosarios amorosos de Pierrugues y Pichon, al que habría que añadir el de Vorberg, aquí ausente. Como cabía esperar, el tópico del acceso amoroso es usado en Marcial como antídoto del deseo amoroso, pues, según la conclusión de los autores, el poeta aprovecha cada ocasión para mofarse de ese deseo y mostrar cuánto de ridículo hay en el tópico amoroso.

Francisco Socas, «*Lemmata sola legas*. Una revisión de *Xenia* y *Apophoreta*» (pp. 227-246) ofrece un novedoso y muy útil trabajo tipológico de los distintos agentes en el acto ilocutivo que constituye un epigrama: el destinatario, fácil de identificar, el donante, bastante más difuso, y el objeto, cuya identificación depende en ocasiones del *lemma*. Para este estudio, el autor considera especialmente aptos los dos últimos libros, *Apophoreta* y *Xenia*, catálogos de regalos con oferente y receptor fijados por el tipo de ocasión para el que se componen, aunque con atribuciones sintácticas sorprendentes, como cuando el objeto se hace parlante. Las posibilidades combinatorias están recogidas con detalle, pero toda esta complicación formal no tendría valor alguno sin el ingrediente del humor y la estilizada técnica compositiva de Marcial, sustentada en un conocimiento cabal de los objetos que constituyen la substancia principal de estos dos libros, tan diferentes e inimitables.

El único artículo dedicado a la crítica textual general lo firma Juan Fernández Valverde, «Diez años de crítica textual de Marcial» (pp. 247-269); se trata de un interesantísimo estudio de las ediciones críticas de Marcial en los últimos diez años. Con gran habilidad y solvencia, el autor repasa los pasajes donde los editores han tropezado hasta el momento, y comenta las propuestas, señalando con claridad y gracia los aciertos, los desatinos y lo que se deja por imposible. Un nombre destaca sobre el conjunto: el irreverente y facundo Shackleton Bailey; pero la impresión que se nos transmite es de pobreza crítica y de exceso de ingenio. Como es poco habitual encontrarse con un trabajo de crítica textual de un autor ya clásico, es de agradecer esta aportación lúcida, crítica y trabajada. Incluso las citas bibliográficas merecen lectura detallada, pues hasta allí llega el afán informativo del autor.

A medio camino entre la tradición y la crítica textual se sitúa la aportación de M.ª José Muñoz, «*Proverbia Marcialis*: lecturas parciales...» (pp. 271-293), con una visión comparativa de dos florilegios medievales de la obra de Marcial. Estos contienen de manera gradual sus versos, que van desde los 110 *excerpta* del ms. Diezianus a la síntesis del ms. Córdona 150 con 36 versos, donde, a pesar de esta drástica reducción, hay representación de todos los libros de Marcial. Ambos mss., a su vez, reducción de una antología medieval de autores clásicos, el llamado *Florilegium Gallicum*, una copia del cual es el ms. Escorial Q-I-14, que sirve aquí como referente canónico frente a los otros dos. El trabajo se completa con dos tablas muy útiles para el cotejo del contenido de los tres mss., pero, especialmente, el Diezianus y el de Córdoba, verdadera esencia del trabajo, que encontramos debidamente editado en la parte final. Nos hubiera gustado que este estudio culminara con alguna interpretación de la radical reducción de la que aquí se da cuenta en clave genettiana, con cuya teoría de la inter-

textualidad se abre este trabajo, pero cuya aplicación a los manuscritos citados es poco productiva.

Vicente Cristóbal rastrea en «Marcial en la literatura española...» (pp. 295-321), como es habitual en su ya extenso y reputado trabajo de recepción, las huellas de Marcial en dos autores muy distintos y alejados entre sí: Rodrigo Fernández de Ribera con su obra *El Rosal* (s. XVII) y el poeta actual Enrique Badosa, con su *Epigramas de la gaya ciencia*. Siguiendo la estela de un trabajo anterior en veinte años, donde V. Cristóbal recogía con exhaustividad la huella de Marcial en España, en éste, sin embargo, se centra en una extraña pareja de autores que, tal vez, habría merecido un tratamiento separado; pues resulta inevitable la comparación entre ambos y el lector llega a la conclusión, conducido por el autor, de que es más interesante el segundo en detrimento del primero. Si nos centramos en Enrique Badosa, se muestra con claridad la deuda para con el modelo en la forma, el contenido, la estructura y en la mención explícita que de Marcial se hace. Llama la atención ese afán metaliterario del que hace gala Enrique Badosa y que tan bien subraya Vicente Cristóbal; hay, empero, ciertas afirmaciones de este último que han despertado mi sorpresa: sobre el objetivo del epigrama y su supuesta función moralizante, tajantemente negada aquí. En fin, mucho tendrían que decir a eso algunos de los que colaboran en este volumen conjunto.

Titánico trabajo de lectura y conocimiento, demostrados por Pilar Cuarterón, «Pervivencia de Marcial en la prosa castellana...» (pp. 323-367), en esta exhaustiva y casi vehemente búsqueda de Marcial en la prosa de los más insignes autores del Siglo de oro español: Cervantes, Lope, Quevedo y Gracián. Con esta nómina no es de extrañar la gran extensión del trabajo, centrado en un tipo concreto de pervivencia, la *aemulatio*, que, por su sutileza resulta difícil de identificar. Eso explica, según la autora, que haya pasado desapercibida para editores y comentaristas del Siglo de oro y posteriores. Es de esperar que este ingente caudal de datos, fruto de un fino olfato y un conocimiento cabal de Marcial, sea convenientemente aprovechado por las futuras ediciones de nuestros clásicos del Siglo de oro, incluso si en algunos pasajes nos quepa la duda de hallarnos más bien ante un tópico de la época que ante una *aemulatio*, como advierte la autora.

El artículo de Juan Gil, «Teoría del epigrama en el s. XVI» (pp. 369-385), cuyo resumen se refiere por descuido a las del XVII, supone un recorrido por las poéticas del s. XVI y un análisis de la preceptiva del género epigramático, aunque alguna de ellas no lo incluya explícitamente. El autor lleva a cabo un erudito ejercicio de tradición, alejándose del poeta Marcial y acercándose al género del epigrama. En las conclusiones, se resalta el papel de la Compañía de Jesús en la difusión del género y el papel de Escalígero como el mejor teórico que tuvo el género epigramático, pues fue el primero en separar los dos tipos de epigrama, simple y compuesto, y en distinguir las dos partes que conforman el epigrama compuesto: *expositio* y *clausula* o *indicatio* y *conclusio*. Otro dato sobresaliente que destaca en este completo repaso es que el epigrama como género no despertó el interés de los estudiosos hasta finales del s. XVI.

Espléndida y divertida contribución de José López Rueda, «Procacidad y erudición: Marcial en González de Salas» (pp. 387-413), dedicada a la recepción de Marcial, donde el epigramista sirve al humanista y poeta González de Salas como ilustración para su *Comentario* de expresiones y costumbres del *Satiricón* de Petronio; de este modo el epigramista explica al satírico. La parte del león, como no podía ser de otro modo, se la llevan los pasajes eróticos, abundantes en uno y otro; también hay comentarios para los hábitos de los poetas, el vino, los vestidos, la religión y la filosofía. El artículo se cierra

con los epigramas traducidos por González de Salas incluidos en el *Parnaso español*, los únicos conservados del humanista.

En la misma línea de los estudios anteriores, el de José M.ª Maestre, «En tono a la influencia de Marcial en el humanista alcañizano Domingo Andrés» (pp. 415-440), se impone como objetivo rastrear la influencia de Marcial en el poeta neolatino de Alcañiz, Domingo Andrés, convencido de la importancia que este tendrá para la introducción y desarrollo del epigrama en el s. XVII español. Tras un exhaustivo análisis, el resultado de la investigación no deja lugar a la duda: la influencia de Marcial en el poeta de Alcañiz afecta a la forma, estructura y contenido. Imita las *iuncturae*, la estructura bipartita con el aguijón final de Marcial, y desarrolla temas propios del género y, por ende, del poeta bilbilitano: los malos poetas, los amores no correspondidos, las fantasías imposibles del listo de turno, etc. Básicamente son trece las composiciones epigramáticas de Domingo Andrés que contienen la marca de Marcial, a pesar de la excesiva longitud de alguna de ellas. Si este hace gala de un gran conocimiento de Marcial, Maestre la hace de ambos.

En el amplísimo trabajo que sigue, «La agudeza de ingenio y el epigrama. Marcial, Gracián y Quevedo» (pp. 441-482), firmado por Eustaquio Sánchez Salor, la recepción de Marcial se analiza en el *Arte de ingenio. Tratado de la agudeza* de Gracián y en algunas recreaciones de Quevedo. Se interesa el autor por la compleja definición de agudeza que da Gracián y que parafraseo como dos extremos relacionados que se combinan en un marco común. A partir de ella, Gracián analiza todos los posibles tipos de agudeza y los ilustra en su mayoría con epigramas serios de Marcial, magistralmente comentados y traducidos por Sánchez Salor. La otra cara de la moneda, a saber, la parte práctica de la teoría del epigrama, la representa Quevedo, que recrea aquellos poemas que no habían sido recogidos por Gracián en razón de su inadecuado tono jocoso-satírico. Además de las recreaciones quevedianas, el autor nos ofrece algunas traducciones de un poeta anónimo del s. XVII, encontradas en el ms. 9311 de la Biblioteca Nacional, y cuya identidad nos gustaría conocer. Sánchez Salor comprueba cómo Quevedo mantiene la estructura de la agudeza de Marcial, teorizada por Gracián, si bien actualizando los personajes, añadiendo datos ausentes del original, ampliando uno de los extremos, recreando a su modelo, en definitiva. Baste de ilustración un ejemplo: *Thais habet nigros, niveos Laecania dentes / Quae ratio est? Emptos haec habet, illa suos* (V 43), que Quevedo vierte así: *Tiene los dientes de nieve / sobre cincuenta años Ana./ Tiénelos más negros Juana / y aún no ha entrado en diecinueve. / ¿Qué razón habrá que pruebe / los efectos evidentes / siendo igualmente tratados? / Ser los de Ana comprados / y los de Juana sus dientes* (fol. 200=51v). Conclusión evidente: Marcial es el renovador de un género cuya estructura se mantiene inalterada en el s. XVII español. Por cierto, en la introducción leemos una acertada digresión acerca de la renovación de la épica en manos de Virgilio y cuando esperamos un párrafo igual de luminoso sobre el epigrama y Marcial, el autor se contenta con la evasiva de no ser ese el lugar; ¡claro que era ese el lugar de detallar cómo y en qué renueva Marcial el epigrama y por qué fue él y no otro el poeta llamado a hacerlo!

Después de tanta y tan profunda erudición, las versiones de Ángel Sierra, «12 (+1) Versiones de Marcial» (pp. 483-494), son un soplo de aire fresco muy de agradecer. Tras una breve y conceptuosa explicación del proceso traductor a la manera de Marcial, siempre buscando el justo término, acomete el autor la traducción de trece epigramas en verso castellano. No me resisto a reproducir la versión de uno de los epigramas más famosos (X 47), acompañada del soneto de López Zárate (a la derecha):

«He aquí, mi encantador Marcial,
lo que ayuda a hacer la vida más feliz:
no con sudor conquistado, sino heredado caudal;
campo feraz, hogar siempre encendido;
pleitos nunca, servidumbres pocas, paz interior;
fuerzas mediocres, pero el cuerpo sano;
una cauta candidez; parejos los amigos;
una mesa que te acoja, puesta sin exquisitez;
la noche, sin ser ebria, libre de cuidados;
no solitario el lecho, y aun así pudoroso;
un sueño tal que las tinieblas acorte;
querer ser lo que eres, y no ambicionar más;
el postrer día, ni temerlo ni anhelarlo».

«Estas son las cosas que hacen la vida
(agradable Marcial) más fortunada:
hacienda por herencia, no ganada
con afán, heredad agradecida. //
Hogar continuo, nunca conocida
Querella o pleito; toga poco usada,
Fuerzas, salud, el alma sosegada,
Sencillez cuerda, amigos a medida. //
Mesa sin artificio, leve pasto,
Noche sin embriaguez ni cuidadosa,
Lecho no solitario, pero casto. //
Sueño que abrevie la tiniebla fea,
Lo que eres quieras ser y no otra cosa,
Ni morir teme ni vivir desea.

La pregunta que surge en el agradecido lector es elemental: si acaso este ejercicio puede aplicarse a la obra completa de Marcial; si es que sí, añado yo, ¿a qué está esperando?

Cierra el volumen la única contribución arqueológica, a cargo de Miguel Beltrán, «La arqueología de Aragón en la época de Marcial» (pp. 495-549); partiendo de las dinastías Julio-Claudia, Flavia y Antonina, el autor ofrece un extenso recorrido por ámbitos arqueológicos relevantes: la organización de las colonias sobre la distribución de los monumentos públicos y privados; el trazado hidráulico, con mención especial de la presa de Almonacid de la Cuba por su rareza; la producción cerámica y su uso como instrumento de datación; la arquitectura funeraria; la pintura mural; la escultura; etc., estableciendo siempre las líneas de evolución de un periodo a otro. El trabajo está lleno de datos que tendrán más valor para los iniciados en el mundo arqueológico que para un simple filólogo, como es el caso; con todo, es fácil y grato hacerse una idea de lo cotidiano en Marcial a través de la región que lo vio nacer y morir, gracias a un estudio tan minucioso y concienzudo como este.

Desde el punto de vista formal, hay algún que otro descuido fácilmente subsanable, como en las citas bibliográficas, repetidas dos veces en el trabajo de F. Socas, en nota y al final, sin suprimir las páginas que eran pertinentes en las notas; hay otros fallos formales, errores tipográficos, como alguna palabra en griego que no aparece en la fuente adecuada (p. 372), cortes de palabras incorrectos, textos latinos con y sin cursiva, etc., excusables por el elevado volumen textual. Se trata, a fin de cuentas, de defectos de forma que no dificultan en ningún caso la comprensión del texto y no perjudican ni un ápice la alta calidad de las colaboraciones.

Después de estos breves comentarios, apenas indicativos, sobre los trabajos aquí contenidos, tengo la esperanza de haber excitado el deseo de su lectura, siempre amena y provechosa. No me cabe la menor duda de la trascendencia de casi todos ellos y esta reseña persigue, sobre todo, su difusión.

Universidad Autónoma de Madrid M.ª Rosario LÓPEZ GREGORIS
rosario.lopez@uam.es